

**ASÍ COMO JESÚS SE NOS DONA EN LA EUCARISTÍA, ASÍ NOSOTROS DEBEMOS DONARNOS A CRISTO
DIOS EN LA COMUNIÓN; EN ESTO CONSISTE EN DAR A DIOS LO QUE ES DE DIOS**

(Domingo XXIX – TO – Ciclo A – 2008)

“Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (cfr. Mt 22, 15-21). Unos fariseos intentan tender una trampa a Jesús, y buscan sorprenderlo en una contradicción. Le preguntan si es lícito pagar impuestos al César o no. Si Jesús responde que sí hay que pagar los impuestos, entonces tendrán motivos para acusarlo de traición al Pueblo Elegido ante las autoridades religiosas, ya que de esta manera se muestra favorable a los romanos, que son los ocupantes. Si Jesús responde que no hay que pagar los impuestos, entonces van a tener motivos para acusarlo de rebelión contra la autoridad de los romanos, que son quienes gobiernan y dictaminan los impuestos que hay que pagar. Es decir, por un lado o por otro buscan, con malicia, sorprender a Jesús y acusarlo de traición, ya sea ante la autoridad religiosa o ante la autoridad civil.

La respuesta que da Jesús los deja a su vez sin respuestas, porque Jesús responde con una sabiduría sobrenatural, divina: “Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”. Con esta respuesta, a la vez que esquivo la trampa tendida por los fariseos, da una norma para los cristianos, para quienes son sus discípulos, y es por eso que debemos discernir la respuesta de Jesús: qué es del César y qué es de Dios.

Ante todo, hay que considerar que en el César, el emperador romano, está representado el mundo, su gloria y poder mundanos; su poder, conquistado por la fuerza; en el César está representado el mundo en lo que el mundo tiene de malo; la lucha por el poder y la gloria mundanas, conquistadas por la fuerza y, muchas veces, con la injusticia. No en vano nuestro Señor toma a una moneda con la efigie del César para significar que es eso, el dinero, que representa el poder en el mundo, lo que le pertenece a los poderes del mundo, al César. Al César le corresponden las cosas del mundo, como el poder político que da el dinero y que está representado en el dinero. El César entonces representaría al poder político mundano, aquel que se logra por medio del dinero, que no busca el bien de la ciudad, sino solo el bien propio. Al César hay que darle lo que le pertenece: el poder –muchas veces mal habido–, la fuerza –que muchas veces se impone sin razón–, en definitiva, el poder del dinero.

Hoy hay muchas formas de poder mal habido y de poder del dinero: desde algunas democracias, que sólo tienen el nombre de democracia, hasta el narcotráfico, pasando por innumerables actividades ilícitas, todo esto da dinero y el dinero da poder; el poder engendra más poder, y así sucesivamente. Esto es lo que Jesús quiere decir cuando dice: “Al César lo que es del César”: a los poderes mundanos lo que es de los poderes mundanos.

Ahora bien, si esto es lo que pertenece al César; ¿qué es de Dios? ¿Qué es lo que pertenece a Dios?

La respuesta es importante, porque de la respuesta surge qué es lo que debemos dar a Dios, ya que la segunda parte de la respuesta de Jesús es: “A Dios lo que es de Dios”. Puesto que Dios es el Creador de nuestro ser, de Dios es el ser de todo ser humano, y en este ser están comprendidos la vida, la existencia, los dones, la inteligencia, la voluntad, la capacidad de relacionarse y de comunicarse con los demás. Para Dios entonces todo nuestro ser, y con nuestro ser, nuestra vida y existencia toda. ¿Dónde y cómo dar a Dios lo que es de Dios?

En la Santa Misa, en donde Jesús se manifiesta oculto bajo el Pan y el Vino: en la Misa, Jesús renueva su sacrificio en cruz, sacramentalmente, dándonos ejemplo de cómo hay que dar a Dios lo que a Dios pertenece: hay que darle a Dios todo nuestro ser y darlo en

sacrificio, como Jesús en la cruz. En la Misa Jesús nos muestra que debemos dar a Dios nuestro ser, nuestra vida, nuestras obras, según nuestro estado, pero en la Misa Jesús hace algo más que mostrarnos que debemos dar a Dios lo que es de Dios: nos muestra además cómo Él, siendo Dios en Persona, se nos dona a sí mismo en la Eucaristía, y éste es el supremo ejemplo de cómo debemos dar a Dios lo que es de Dios: así como Jesús se nos dona en la Eucaristía, así nosotros debemos donarnos a Cristo Dios en la comunión; en esto consiste en dar a Dios lo que es de Dios.

Padre Álvaro Sánchez Rueda